

to neto de las tierras. Gournay, analizando mejor, demostró cómo se dan la mano los diversos géneros de industria, y no reclamaba sino que el gobierno no pusiese obstáculos, repitiendo: *dejad hacer, dejad pasar*. Ambos sistemas tendían á obtener la libertad, y que el rey robusteciese su poder uniéndose al pueblo, considerando como nación á los poseedores y como bien nacional el bien de los vecinos países, unidos fraternalmente en la industria.

El rey sin embargo entendía muy mal estas teorías y las aplicaba peor. Para secundar las miras de los fisiócratas, y restaurar la envilecida marina, se permitió la extracción de granos de ciertos puertos en buques franceses, declarándose que este comercio no derogaría la nobleza; pero el fraude aprovechó la ocasión; buques extranjeros dejaron de un golpe exhaustos los almacenes, y fué forzoso suspender la providencia que quedó desacreditada por su mala aplicación.

Entre tales desórdenes se mostraba osada la incredulidad adornándose con el nombre de libre examen, y ya sobre este punto aparecían insinuaciones en algunas disposiciones del gobierno. Mientras los filósofos proclamaban que todos los ciudadanos debían contribuir igualmente á las cargas públicas, las deudas del Estado convidaban á abolir los conventos para apropiarse sus bienes. Con edictos de corte y decisiones de Parlamento quisieron sostener cuestiones interiores sobre puntos de fe que la iglesia abandonaba á la discusión: Los decretos que atacaban á la libertad de las conciencias parecieron tiránicos, y como en otro tiempo los protestantes, ahora la mitad de los católicos se separaron de la corte. Los liberales, que entonces empezaban á ser de moda, se jactaban de resistir al gobierno, y todas las clases del Estado andaban desordenadas aspirando cada una por su parte á la independencia. Una secta no pone en la mano el puñal; pero cuando se ha declarado contra el poder, acusándolo de malvado, de homicida y de tirano, siempre hay alguno de lógica absoluta, que va derecho á las consecuencias. Así, pues, mientras de todas partes se gritaba contra el tirano, un tal Roberto Francisco Damiens pensó librar á la tierra del monstruo. Su puñal apenas rozó el cútis de Luis, pero el pueblo y hasta las mujeres asistieron con grande algazara al suplicio del regicida, que fué de los mas atroces; y Luis fué mas querido de aquella nación, eminentemente monárquica, y habituada á mirar como de familia los placeres y los dolores de la corte. El parlamento también se reconcilió con el rey, y este revocó los edictos que mas habían desagradado á aquella asamblea, y sacrificó á los jesuitas.

La vida arregladísima del delín lo hacia el blanco de las burlas de la corte y de las esperanzas del pueblo; pero murió á los treinta y seis años, y á poco le siguieron á

la tumba su esposa y su madre, y la misma Pompadour, que hasta en el lecho de muerte pretendió ocultar su enfermedad bajo los afeites y la firmeza de espíritu. Los literatos la compadecieron, Luis la olvidó, el pueblo la maldijo y esperó.

Heredó su omnipotencia Choiseul, y su infame título una mozueta de precoz prostitución, la cual con refinamiento de burdel reanimaba la sexagenaria lubricidad de Luis. La Lange, que así se llamaba esta mozueta, halló un conde de Barry, que le dió su mano y sus títulos, y por consecuencia los honores de corte, y mantuvo su predominio, no con inspirar respeto é interés, sino con bajas familiaridades, no apelando ni al pudor ni á la educación para hermostrar el deleite. En vano las canciones y los libelos, templeamiento de aquella monarquía absoluta, recordaban al rey sus cien predecesores: aquella alma enervada, que no tenía otro valor que el del escándalo, quiso absolutamente que la de Barry fuese presentada en la corte, y de ser por ella admitidos ó no, llegaron á depender el ministerio, el equilibrio europeo, y la suerte de las colonias americanas.

Perdónesenos si la verdad histórica nos obliga á manchar la narración en la descripción de una política y unas costumbres, que forman tan asqueroso conjunto. En esta monarquía, despreciable por su inmoralidad, odiosa por sus dilapidaciones y por sus bajas especulaciones sobre la miseria pública, tremenda por la policía secreta y los golpes de Estado, ¡qué extraño que progresase la revolución!

Choiseul, ministro brillante, que aspiraba á reformas útiles y vigilaba los progresos de las potencias europeas, no supo doblegarse ante la nueva favorita, fuese por dignidad, fuese por despecho de no haber podido reemplazarla con una hermana suya, y acaso instigó al parlamento en la nueva guerra que rompió con el rey. Dicen que la de Barry hizo poner en su gabinete el retrato de Carlos I huyendo de sus perseguidores, cuadro pintado por Wanduyck, y cuando el rey entró, le dijo: *La Francia* [este título le daba, á ejemplo de los que suelen darse á los criados], *mírate en ese espejo: si dejas tomar vuelo al Parlamento, te hará cortar la cabeza como el de Inglaterra á Carlos I*. Por tanto Choiseul fué destituido; y aunque el pueblo no le amaba, bastó su desgracia para que lloviesen sobre él demostraciones de interés y casi de idolatría: su retrato estaba en todas partes: todos pedían permiso para ir á Chanteloup, donde estaba desterrado, para desinfectarse á su lado, decían, del aire pestilente de Versalles: ¡cosa insólita, hacer la corte á la desgracia!

Ocupó su puesto el duque de Aiguillon, sobrino segundo de Richelieu, afortunado rival del rey en los favores prodigados de la de Barry, é instrumento de esta para derribar á Choiseul. Terray, contador general,

acudió á mil espeditos para reanimar la hacienda, y reduciendo las rentas, disminuyó en trece millones anuales los intereses de la deuda pública, que sin embargo ascendían aún á sesenta y tres millones: el déficit anual no pasaba de veinticinco millones, pero llegaba á ciento veinte y ciento treinta cuando Luis subió al trono.

Viendo el rey progresar el espíritu público, en vez de guiarlo, declaró inevitable el cambio, y se encerró en su egoísmo: sentía hundirse la monarquía, pero creyó que duraría tanto como él: lo que viniese después no le importaba. Cuando murió de viruelas, su capellan declaró: "que bien que el rey no debiese cuenta de su conducta sino á Dios, sentía haber dado escándalo á sus súbditos y declaraba que no quería vivir mas que para sostener la religión y hacer el bien de los pueblos." Así hasta un deber de humildad cristiana se convertía en acto de soberbia importante en aquella monarquía, que al desahacerse protestaba de su omnipotencia.

COSTUMBRES.

Ya en tiempo de Luis XIV se habían relajado las costumbres, no obstante la senil austeridad del rey, el cual no castigaba los excesos por miedo de causar escándalo. En un país que se modelaba por la corte, fueron contagiosos los ejemplos del regente. ¡Quién habría podido calcular los gastos, donde en la compra de un diamante se prodigaban los tesoros que reclamaban las necesidades públicas? ¡Quién habría osado mostrarse sobrio y casto entre las cenas de la regencia? Hasta los cortesanos sin pasiones hacían gala entonces de desorden y corrupción, y mostrarse ebrios cuando el príncipe se tambaleaba; la disolución se había hecho de moda; y aun los hombres menos apasionados se daban el aire de disolutos, insinuándose en la sociedad un libertinaje culto y sistemático en que la vanidad tenía mas parte que los sentidos.

El palacio del regente servía de asilo contra las leyes que prohibían el juego, el cual llevaba allí sus goces febriles. La princesa de Valois, de diez y ocho años de edad, y destinada á casarse con el duque de Módena, marchó á unirse con su esposo precedida de jugadores, pasando las noches en el juego y los días en el sueño; los principales personajes acudían á jugar difundiéndose la embriaguez del juego en las provincias. Así se formó una clase particular de gente, la de los caballeros de industria, que vivían como grandes señores y como libertinos, sin otros medios sino los que les ofrecían las estafas y el garito. El gobierno no pudiendo impedirlo, pensó vigilar el juego y autorizó ocho academias por doscientos mil francos, que destinó al socorro de los pobres vergonzantes.

Las casas de placer que aparecieron por primera vez en tiempo del gran rey, se mul-

tiplicaron luego, donde los señores en la familiaridad se desquitaban de la forzada circunspección que se veían obligados á guardar en palacio. Comenzaron los hombres á avergonzarse de la felicidad doméstica y de presentarse en público con sus mujeres: una necesidad peligrosa de granjearse y conservar amigos introdujo los cortejos; y en los contratos de bodas se llegó á estipular que la mujer no sería obligada á vivir con el marido en sus tierras.

Nueva sacudida dió á las costumbres el banco de Law por la rapidez con que muchos se enriquecieron y otros muchos se empobrecieron. Las casacas galoneadas se hallaron entonces en contacto con el sayal; la púrpura de los prelados con la cola del traje de las prostitutas en el hervor de la codicia; y las codicias económicas difundiendo quitaron al comercio aquella marca de degradación que hasta entonces había llevado. Hizose el lujo mas ingenioso, pero frívolo y efímero: las vastísimas galerías cedieron el puesto á gabinetes acomodados para el estudio y los placeres secretos; las artes presentaban escenas, no ya voluptuosas, sino libertinas; las letras, convertidas en cortesanas del público, estudiaban el arte de agradar y buscaban la fortuna de un momento, el aplauso de los círculos. Propagóse el uso de los espejos, distribuidos con voluptuoso artificio; porcelanas y curiosidades de las Indias llenaban las habitaciones; gustábase de olores, y se cultivaban también las flores para hacer gala de una sencillez que formaba un contraste chocante con la multitud de criados vestidos de escarlata y adornados de plumas y destinados á usos nada honestos. El arte supremo de éstos era conocer el blason y las libreas para saber á qué carrozas debían ceder el paso y sobre cuál debían tomarlo, esponiéndose á ser apaleados en la calle si pecaban por menos ó arrojados de la casa si pecaban por mas. Los lacayos, antes obligados á tocar cualquier instrumento en las horas de ocio, esperaban desocupados en las antecámaras hasta que llegase el momento de correr delante de los caballos de sus amos.

Por imitar á los ingleses se introdujo el té, estendiéndose también el uso del café, del chocolate y de los vinos de lujo con el nombre nuevo de *botellas*. Hicieronse los vestidos menos pesados y mas ajustados al cuerpo según la moda del Norte; acortáronse las pelucas, y aun muchos empezaron á presentarse sin mas que sus propios cabellos. Sin embargo, Franklin calculaba poco después que con los peluqueros habría podido la Francia formar un ejército, y con los polvos blancos mantenerlo. Los grandes dispendios arruinaban á las familias, obligándolas á cerrar los ojos en punto á sus pretensiones aristocráticas para enlazarse con ricos innobles, y abonar, como decían, con estiércol plebeyo sus tierras feudales. Ya Luis XIV había halagado al banquero Bernard; la aris-

tocracia tomó el ejemplo del rey sin imitar su dignidad, y humilló sus blasones delante del oro. Negociantes enriquecidos por especulaciones se enlazaron con familias en quienes eran tradicionales la toga ó el bastón de mariscal; y se hicieron, olvidando su humilde estracción, mas ridiculos que los nobles olvidando sus altas pretensiones. Sin embargo, todavía se consideraba la ociosidad como el distintivo de un ilustre nacimiento, así como el enamorar y el tirar de la espada á la mas mínima cosa. "Yo he visto, dice el príncipe de Ligne, á los jóvenes de calidad vestidos de toda etiqueta y con la espada al lado á las siete de la mañana; ni uno solo iba á pié por la calle; todos iban á caballo con trajes galoneados, con gran séquito y nunca al trote; las grandes señoras iban con dos criados vestidos á la moda húngara á la portezuela del coche, pajes y una multitud de lacayos en la trasera; he visto á los hijos temblando delante de sus madres, y á las hijas que casi no se atrevían á hablar á las mujeres casadas; he visto ministros que oían sin responder, pero que conocidas las grandes acciones, las remuneraban en lluvias de distinciones y beneficios (1)."

Así la nobleza, ya muy próxima al abismo, se iba acercando á él cada vez mas entre los bulliciosos festines, las intrigas y la corrupción cubierta con el velo de la elegancia; hicieronse famosas las sociedades epicúreas del *Temple*, del *Sceaux*, del *Cuveau*, sociedades medio báquicas, medio literarias, donde el talento particular de cada uno servía para la diversion de todos.

El teatro estaba lejos de tener la importancia y universalidad que despues obtuvo, escitando todavía cierta especie de escándalo en los ánimos timoratos. En Italia los predicadores de cuaresma lo anatemetizaban; el padre Torneilli persuadió á los de Novara á dejar de asistir á él; Ginebra no lo admitió tampoco; de Muy, el amigo del hijo de Luis XV y ministro de Luis XVI, debiendo acompañar al rey de Dinamarca á visitar Paris, al llegar á la puerta del teatro se separó de este monarca, diciéndole que su religion le vedaba la entrada en aquel lugar.

El mundo elegante se solazaba mas en los bailes, festines y galanteos; bailarinas y cantatrices eran la presa ostentada de los señores, cuyos ricos trenes veíanse parados á sus puertas, mientras ellas lucían sus galas en los paseos, en carruajes tirados por cuatro caballos.

Campo donde brillaban los franceses era la conversacion, en el cual adquirieron aquel arte de disertar familiarmente, tan peculiar suyo y que ahora se va perdiendo. Por esto todos querían ser cultos y conseguirlo con poco trabajo; y de aquí la curiosidad universal, que se contentaba con la superficie y la estension de ese espíritu de sociabilidad que

(1) *La vieille Europe.*

nivela los grados sociales, de ese exceso de cortesanía, que á veces es efecto y á veces causa la aridez del sentimiento, que produce cuidados sin celo, escritores sin originalidad, familias sin ventura.

Costumbres políticas no tenían, estando cerradas todas las vías al ejercicio de la elocuencia y de la habilidad política por donde se pudiese alcanzar gloria, y no conservándose mas que la costumbre de los empleos, que despreciados por los señores feudales, eran el patrimonio de los humildes. Solo los magistrados hereditarios del parlamento se ocupaban en los asuntos concernientes á los intereses nacionales.

Así en vez de oposicion al gobierno, había una manía universal de lograr proteccion de la corte; el sastre, el zapatero procuraban titularse sastres ó zapateros de cámara, y contentar al protector mas que á sus parroquianos, todo por respirar, siquiera en los estrechos, el hábito de la corte: complacer á ésta era el mérito principal. De aquí aquel aspirar de todos á la nobleza y aquel deseo que animaba á honrados plebeyos de poderse llamar primos de algun gran señor, ó á lo menos parientes de las queridas del rey. Los segundones, destinados á una esterilidad necesaria para el lustre de las familias, llegaban á ser elementos de corrupcion y autores de intrigas galantes, que les preparaban para las intrigas ambiciosas.

De aquí la influencia de las mujeres, convertidas en resortes motores de los hombres, los cuales procuraban seducirlas, no solo para tener amantes, sino tambien para alcanzar empleos. Con este intento se ponían en juego hermosura, riqueza, sollicitaciones; cedíanse mujeres y amantes; las señoras querían tener dinero para adornarse mucho, y adornarse para poder escoger entre los galanes: luego se hacían las protectoras de éstos por fastidio, por compromiso, ó por necesidad de amor verdadero, mezclándose así la ambicion y la galantería, y no quedando libres de las intrigas mas que los empleos que se daban por venta. Comenzábase, pues, la carrera con amores, en que ciertamente el amor no tenía parte; y las costumbres frívolas contraídas en la juventud se prolongaban hasta mas allá de la vejez, distinguiéndose así las clases buenas de las simplemente agradables, las ocupadas en negocios de las dedicadas á frivolidades, las gentes racionales de los *peu-úmbres* y mequetrefes.

El que conocía este arte tomaba el vuelo fuera de la casa paterna, y llegando á los empleos á fuerza de rastreras adulaciones, llevaba á ellos la costumbre de la docilidad; de modo que la administracion marchaba sin ruido y sin obstáculos, hallando prevenidas sus órdenes, y á veces ejecutadas hasta mas allá de sus deseos, evitándose así la vergüenza de ordenar una injusticia: tal era la presión que por esto ejercía el gobierno sobre los que no tenían posición en el Estado, que el ser simple particular era una desgracia en aquel

país donde los protegidos se ostentaban monipotentés.

Tambien los empleos militares estaban reservados á las personas tituladas ó á la proteccion. ¿Qué mas? Hasta las dignidades eclesiásticas y los beneficios, cuya provision correspondía á las grandes casas, se obtenían con tales artes; y el abate Cottin escribía madrigales amorosos, el abate Grecourt poesías líbricas, el abate De Pure la *Historia galante de las Preciosas*, el abate d'Aubignac la *Relacion del reino de la Coquetería*.

Entre esta elegancia social y ligereza mundana, entre la molice de las costumbres y el atrevimiento de las ideas, se estendieron inmensamente los libelos, formándose una literatura baja, mercenaria, clandestina, que publicaba todos los escándalos, y en estilo obscuro divulgaba los osados pensamientos, que autores estimables con buenas reflexiones habían violado ó corregido. Así sobre los trabajos meditados y sobre los ingenios escogidos obtuvieron imperio las grandes nulidades, la frívola pedantería, las graciosas sutilezas, y por consiguiente el bello secso. Poesías obscenas ó picantes, libelos infamatorios, las novelas del abate Prevôt, de madama Gaigny, de Crebillon, hijo, las *Cartas persas*, el *Gil Blas*, la *Doncella de Voltaire*, eran el ansioso y sabroso pasto de las clases desocupadas, que aspiraban á goces intelectuales y literarios. Despues que Fontenelle, resto reverenciado en otro siglo, introdujo en los gabinetes elegantes el estudio de la astronomía, pretendíase conocer á Newton y se le ponía en parangon con el inepto Maupeituis, como á Leibnitz con Locke. Un billete de Voltaire, un epigrama de Piron, una comedia, una novela nueva, ponían en conmocion á todos los círculos, reemplazando las discusiones y disertaciones á la amable charla y al fácil abandono antiguos. Tal barniz de conocimientos superficiales hacia parecer superflua la doctrina profunda, así como la sutileza hacia inútil la fé. En la conversacion de las hermosas distribuíase la gloria y la infamia; ni hubiera sido posible sin la proteccion de aquellas obtener un nombre en la sociedad.

La agudeza de ingenio servía de manto á todo, al hurto, á la infamia y hasta al bajo nacimiento, de modo que aun perjudicando hacia la autoridad mas suave, al clero mas tolerante, mas familiar á la nobleza, poniendo en contacto las personas sin confundir las clases, introduciendo una cortesanía universal en que la aristocracia perdía sus pasiones, aun conservando sus modales.

Esta manía de ostentar un agudo ingenio que encubriera la ignorancia, impulsó á la generalidad á buscarlo en atacar las cosas mas santas; y los líbricos placeres de las cenas del regente, abrieron la senda para las cenas de la impiedad. Los *bellospíritus* quisieron, pues, ser *espíritus fuertes*, y se confrieron á sí mismos el título de filósofos, reputando despreocupacion el hollar las ideas

recibidas con la educacion en materia de fe. En las salas resplandecientes de espejos, molduras, dorados medallones y guirnalda, se ostentaba la incredulidad para reanimar con su befa el gusto cansado y enervado; en ellas la blasfemia era bien acogida con tal que viniere en un traje elegante y florido, y mas si se presentaba revestida de cierta sal maligna y delicada. Se hacia objeto de estas burlas á Moisés y á los profetas; burlábanse de la Biblia entre los vapores del vino, y las orgías eran mas bulliciosas y escandalosas en los dias que la Iglesia consagra.

Fuera del ingenio nada quedaba, ni fé, ni entusiasmo, ni amor á la verdad, ni afecto á la patria, confundida ésta con el nombre vago de género humano; haciéndose de todo mofa, guiándose tan solo por la fantasía, y apoyándose únicamente en la propia razon.

Mientras la corte decaía en consideracion, adquirieron posición independiente los literatos, y echaron de ver su importancia. Hume, que vino de Lóndres á Paris, atónito al observar aquel culto que se tributaba al ingenio, escribía á Robertson: "Aquí quiero quedarme: las letras y los literatos son aquí mejor tratados que entre nuestros turbulentos bárbaros de Lóndres." Todo esto acrecentaba la influencia de Paris, ya bastante estensa por la sociabilidad difundida entre los nobles, y cada dia mas se concentraban en esta capital las fuerzas y la vida de la Francia.

LITERATURA FILOSÓFICA.

Tales hábitos y sentimientos se retrataban en la literatura, la cual, segun costumbre, retenía una parte del siglo precedente y otra tomaba de las novedades entonces introducidas. Lo bello cesó de ser cultivado como bello, convirtiéndose en instrumento de las ideas y de los partidos; y la literatura moral, religiosa, monárquica bajo el mando de Luis XIV, aceptó el escepticismo y la inmoralidad, fué idólatra del ingenio, aspiró al triunfo del momento, quiso y obtuvo que los derechos del talento fuesen equiparados á los de la cuna.

La Europa se habia acostumbrado á buscar en la literatura francesa los deleites del entendimiento, tragedias, oraciones sagradas ó fúnebres, novelas, pensamientos, disputas, en las cuales se sostenía el interés con una delicada perfeccion antes desconocida. Los protestantes, desbandados cuando se revocó el edicto de Nantes, habiéndose dedicado en el destierro á la educacion, habían difundido aquella mescolanza de naturalidad y de reminiscencias, de pedantería y de actualidad que caracterizaba la literatura y costumbres francesas. No podia decirse bien educado el que no hablase esta lengua; todas las cortes la adoptaron, y los diplomaticos la habían preferido. Aumentado el número de los lectores, la profesion de literato se hizo mas estensa, y para sacar provecho de las pasiones populares, era preciso escribir con